Libros

JON JUARISTI Domingo , 16-05-10

CÓMO me las arreglaré para seguir arruinándome en las librerías tras los recortes salariales. Eso es lo que de verdad me preocupa. De momento, algunas lecturas me salen gratis. Lola Ferreira, de Círculo de Lectores, me envía Hojas de Madrid con La galerna, de Blas de Otero, por indicación de sus editores, mis queridos Mario Hernández y Sabina de la Cruz (aunque también, debo suponerlo, por intuición propia, pues Lola sabe de mi predilección por la poesía de Blas, uno de los maestros que siempre he confesado admirar). Otra gran dama de la edición, Imelda Navajo, de La Esfera de los Libros, me obsequia el descomunal Requetés, la recopilación de historia oral, cartas y testimonios gráficos de los voluntarios carlistas en la última guerra civil, que han llevado a cabo con cuidado exquisito un joven médico de Pamplona, Pablo Larraz, y mi paisano y coetáneo Víctor Sierra-Sesúmaga, bajo el patrocinio de la Fundación Ignacio Hernando de Larramendi.

Dos regalos magníficos, y tan distintos, sin embargo. Las dos Españas desaparecidas, que nada tienen que ver con los ectoplasmas suscitados por el resentimiento presente de una progresía sin relato. No me arrebatan el ánimo el comunismo ortodoxo del poeta bilbaíno ni el tradicionalismo de los Cuarenta de Artajona. Con todo, está claro que uno y otro pertenecen a la edad heroica, cuando todavía andaban por el mundo gentes con espíritu, capaces, en palabras de otro poeta español comunista, Gabriel Celaya, de «salvar las formas posibles de la vida/ para ser, simplemente, frente al inmenso caos». Las formas de la vida, he aquí la cuestión. Lebensform. El eusquérico bizikera, la vida con forma y con sentido, el uso, la forma, la tradición (en la versión carlista), que es por lo que pusieron sus vidas al tablero hombres y mujeres que hoy ya no podemos comprender, porque recordar no es exactamente comprender. La versión sentimental de la memoria histórica que nos aflige parte de la premisa errónea de que se puede intervenir en el pasado para arreglar el futuro, y esta idea, digna todo lo más de un folletín de ciencia-ficción, trata de hacerse pasar por racional cuando no llega ni a corazonada. De las corazonadas honestas afirmó Manzoni que el corazón nada sabe de lo que vendrá y apenas un poco de lo que ya ha sucedido. La lectura casi simultánea de los poemas de Blas de Otero y de los relatos de los requetés me ha traído a la memoria (exclusivamente literaria) algo que escribió un paisano de Manzoni: «¡Qué país maravilloso era Italia durante el período del fascismo e inmediatamente después! La vida era como la habíamos conocido de niños, y durante veinte o treinta años no había cambiado; no digo en sus valores -que son una palabra demasiado alta e ideológica para lo que quiero decir sencillamente-, pero las apariencias parecían dotadas del don de la eternidad; se podía creer apasionadamente en la revuelta o en la revolución, porque aquella cosa maravillosa que era la forma de la vida no cambiaría. Se podía uno sentir héroe del cambio y de la novedad, porque nos daba coraje y fuerza la certeza de que la ciudad y los hombres, en su aspecto más profundo y bello, no cambiarían». ¿Un nostálgico de Mussolini? Pues va a ser que no. Otro poeta comunista, Pier Paolo Pasolini. El subrayado es mío. Las formas de la vida, parece evidente, cambian (por lo general, a peor, como pensamos los conservadores, algún poeta comunista y la mayoría de los españoles desde el miércoles pasado), dejando, si acaso, un leve rastro de algo que puede asemejarse a la eternidad en libros que iremos fatalmente olvidando.